Año VI N.° LXVI

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:

José Ortega y Gasset



El diez y seis mes llamado
Huey Pachtli como si dice
semos Barbas mayores
Montesinas.

Sumario

GREGORIO MARAÑÓN: *Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos* * FEDERICO GARCÍA LORCA: *Oda al Santísimo Sacramento del Altar* (fragmento) * EDUARDO SPRANGER: *La erótica y la adolescencia* * ADOLFO SALAZAR: *La música española en tiempos de Goya* (Nacionalismo y casticismo en la música española del siglo XVIII y comienzos del XIV.)

NOTAS.—LUIS DE ZULUETA: W. Sombart: *Lujo y capitalismo* * L. VILLALONGA: *Tres dibujos del tiempo de los veleros* (con tres grabados) * CINEMA: F. AYALA: *Menjou o el actor, El héroe del río.* * B. JARNÉS: *Cineclub* * ROSA CHACEL: *Cocteau-Orfeo.*

Precio: 3,50 Madrid Diciembre 1928

AUG 25 1959

Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos

CUANDO, hasta hace poco, decíamos de un ser humano «es un hombre», o «es una mujer», creíamos expresar todo lo que de su sexo podía decirse. El sexo era, no sólo para el vulgo, sino para los hombres de ciencia, un valor cualitativo, diferenciado y absoluto en cada una de sus dos mitades, opuestas e inconfundibles: lo femenino y lo masculino. Los trabajos recientes de los embriólogos, fisiólogos y médicos han probado el error fundamental de este concepto de la sexualidad humana. Hoy sabemos que la gonada o glándula sexual es un órgano indiferenciado, con aptitud bisexual, potencialmente hermafrodítico, hasta una época relativamente avanzada del desarrollo del embrión. La inclinación hacia lo masculino (testículo) o hacia lo femenino (ovario), se manifiesta cuando el nuevo ser lleva ya varias semanas de vida. Sólo entonces la gonada diferenciada imprime al cuer-

po, hasta ese punto asexuado, los caracteres del varón o los de la hembra. Pero esta diferenciación de la gonada en uno u otro sentido sexual y esta diferenciación paralela de la morfología y de la fisiología hacia la feminidad o la masculinidad, no se verifican de una manera absoluta. No es que un sexo se desarrolle y el otro desaparezca. Lo que ocurre es que uno se hipertrofia y el otro se atrofia. Pero persisten ambos, mezclados según dosis distintas; y no en proporción inmutable, sino variable en el curso de la vida ulterior; es decir, con la posibilidad de que el sexo principal se debilite y de que, en cambio, el secundario se acreciente bajo la acción de determinadas influencias fisiológicas o patológicas.

Cada ser humano tiene, pues, un tanto de cada sexo, y un tanto diferente en las distintas etapas de su evolución. Decir, en suma, refiriéndose al sexo, «hombre» o «mujer», es algo tan vago como decir, refiriéndose a la raza, «blanco», «negro» o «amarillo», o como decir «joven» o «viejo», refiriéndose a la edad. Dentro del grupo blanco hay innúmeros matices étnicos, de cuyos matices puede depender la individualidad más que del mismo concepto general de «blanco». Lo mismo ocurre con las grandes fases cronológicas de la vida. Y lo mismo, por fin, con los sexos, formados por dos grupos de valores llenos de gradaciones, por dos escalas divergentes que confluyen en una zona común, de separación arbitraria y difícil.

Acaso un día se pueda determinar por procedimientos bioquímicos, que hoy empiezan a estudiarse, el tanto por ciento de cada sexualidad que a cada individuo corresponde; y expresar, por lo tanto, el sexo no en la forma empírica de ahora, sino según una fórmula matemática. Por el momento tenemos que contentarnos con una aproximación de esta fórmula, obtenida mediante el estudio detallado de los llamados *caracteres sexuales*, esto es, de los signos morfológicos y funcionales que corresponden a cada una de las dos sexualidades. En el cuadro adjunto resumimos los principales de esos caracteres.

Ahora bien, si aplicamos esta pauta al examen de un número grande de hombres y mujeres, nos encontraremos con estos dos hechos fundamentales:

1.° Casi ningún ser humano presenta los signos sexuales en toda su pureza. No hay apenas hombres con sus rasgos viriles completos, ni apenas mujeres con los rasgos íntegros de la feminidad. Sino que, hombres y mujeres, presentan una mezcla de ambos grupos; mezcla que en ciertos monstruos—en los hermafroditas—es equivalente: 50 por 100 de hombre y 50 por 100 de mujer; y a partir de ellos se extiende una serie sucesiva de combinaciones en las que va predominando un sexo, el legítimo, y diluyéndose el otro, el espúreo, hasta llegar a los hombres y mujeres de apariencia social normal. Pero aún en ellos, la observación minuciosa, descubrirá, casi sin excepción, la huella del «otro sexo», que perdura en un grupo de rasgos, morfológicos (la distribución del vello y del cabello, el desarrollo de la laringe, las proporciones del esqueleto, etc.) o funcionales (libido, conducta social, carácter, sensibilidad, voz, etc.).

2.° Tal vez el observador cuidadoso descubra

		MUJER	HOMBRES
Caracteres sexuales.	Anatomi-cos.	Primarios (gonitales).	*a)* Ovarios. *b)* Trompas. Útero. Vagina. Vulva (Labios, clítoris, etc.). *c)* Mamas bien desarrolladas.	*a)* Testículos. *b)* Epididimo. Conducto deferente. Vesículas. Próstata. Pene. Escroto. *c)* Mamas rudimentarias.
		Secundarios (sexuales).	*a)* Predominio del desarrollo pelviano sobre el escapular. *b)* Sistema locomotor poco enérgico. *c)* Mayor desarrollo y distribución típica de la grasa subcutánea. *d)* Sistema piloso infantil y cabello largo. *e)* Laringe de desarrollo retrasado.	*a)* Predominio del desarrollo escapular sobre el pelviano. *b)* Sistema locomotor muy enérgico. *c)* Menor desarrollo y distribución típica de la grasa subcutánea. *d)* Sistema piloso desarrollado y cabello corto. *e)* Laringe bien desarrollada.
	Funcionales.	Primarios (genitales).	*a)* Libido hacia el hombre. *b)* Orgasmo sexual lento y no preciso para la fecundación. *c)* Aptitud conceptional. Menstruación. Embarazo. Parto. Lactancia.	*a)* Libido hacia la mujer. *b)* Orgasmo sexual rápido e imprescindible para la fecundación. *c)* Aptitud fecundante.
		Secundarios (sexuales).	*a)* Instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole. *b)* Mayor sensibilidad a los estímulos afectivos y menor disposición para la abstracción y creadora. *c)* Menor aptitud para la impulsión motora activa y para la resistencia pasiva. Marcha y actitudes características. *d)* Voz de timbre agudo (soprano hacia contralto. | *a)* Instinto de la actuación social (defensa y auge del hogar). *b)* Menor sensibilidad a los estímulos afectivos y mayor capacidad para la abstracción mental y la creación. *c)* Mayor aptitud para el impulso motor y la resistencia pasiva. Marcha y actitudes características. *d)* Voz de timbre grave (bajo hacia tenor).

seres de feminidad o de virilidad intactas, arquetípicas; pero esto sólo ocurrirá en la meseta de la vida, en el período de la madurez. Pero si el observador se sitúa en los cabos tormentosos en que la vida sexual empieza o termina—en la adolescencia y pubertad, o en el climaterio y la vejez—, entonces la confusión sexual es un hecho sin excepción. Es decir, que hasta los varones y las hembras de más pura sexualidad en los años maduros, presentaron o presentarán, al atravesar las edades críticas, fenómenos más o menos netos de indecisión sexual, ya en sus caracteres morfológicos, ya en su conducta funcional, ya en ambas a la vez.

*

Desde Goldschmidt, un buen número de hombres de ciencia designan con el nombre de *estados intersexuales* a estas formas orgánicas de indiferenciación de los caracteres del sexo, de coexistencia de los que corresponden a cada sexualidad. Con arreglo a los datos anteriores, podríamos dividir las *intersexualidades* en dos grandes grupos: las *permanentes*, esto es, las que subsisten de un modo constante, desde el nacimiento hasta la muerte, incluso en los años de máximo progreso de la diferenciación sexual, en la madurez; y las *transitorias*, que son aquellas que tan sólo se hacen sensibles al observador en trances episódicos de la existencia.

Las *formas permanentes de la intersexualidad* han sido muy bien estudiadas por los naturalistas,

teratólogos y endocrinólogos, si bien no han sido sistematizadas con arreglo a las pautas y descubrimientos recientes *. Las principales son: el *hermafroditismo*; los *pseudohermafroditismos masculino y femenino*; la *criptorquidia*; el *hipospadias*; la *ginecomastia*; los diversos tipos de la *virilización* (transformación de la mujer en hombre) o de la *feminización* (transformación del hombre en mujer), que unas veces adquieren caracteres escandalosos y otras se mantienen en límites tan discretos, que son incluso compatibles con normas habituales de la belleza étnica; las *homosexualidades*; y, por fin, las *inversiones de la psicología, de la afectividad, de la conducta social*, que son, en la mayoría de los casos, compatibles con esquemas sociales de normalidad absoluta, y aun, a veces, observables en hombres y mujeres del más alto valor social.

Las *formas transitorias de la intersexualidad* son mucho menos conocidas. A este sector pertenecen, por ejemplo, las *intersexualidades gravídicas*, esto es, la apariencia viriloide que adquieren algunas mujeres, normalmente muy femeninas, cuando están embarazadas: su rostro se hace enérgico, su voz se torna más baja, su cuerpo se cubre de vello, etc.; y es posible que la caída del cabello, tan común durante la gestación y tan mal explicada, no sea más que un rasgo de esta tendencia inversiva, ya que la caducidad de la cabellera y la calvicie son fenómenos netamente masculinos. Hay ciertas formas de homosexualidad episódica—por ejemplo: la de ciertos hombres mientras están borrachos o intoxicados por la cocaína, o cuando conviven con hombres, sin mujeres fáciles a la disposición de su instinto—que pueden también considerarse como variedades de *intersexualidad transitoria*. Pero las formas más interesantes de esta anormalidad son las que he llamado *críticas*, esto es, *aquellas que aparecen tan sólo en el comienzo y en el fin de la evolución del sexo, respetando la fase madura, que transcurre perfectamente encarrilada en la normalidad.*

* Véanse los libros de Goldschmidt *(Mechanismus und Physiologie der Geschlechtsbestimmung*, Berlín, 1920), Lipschütz *(Las secreciones internas de las glándulas sexuales.* Edic. esp. Madrid, 1928), Bauer *(Innere Sekretion*, Berlín, 1927) y el nuestro, de inmediata aparición, *Los estados intersexuales en la especie humana*, en el que serán largamente tratados muchos puntos que en esta exposición quedan, necesariamente, incompletos.

En los últimos años he estudiado con interés profundo estas *intersexualidades críticas*; porque ellas nos dan la clave de innumerables fenómenos de la conducta psicosexual, y porque nos permiten entrever la esencia de la *evolución sexual*, sin la cual todas las interpretaciones sobre la vida del instinto reproductor, quedan medio en el aire. *Lo actual* en los fenómenos sexuales, es siempre una parte restrinta de la verdad; ésta sólo se completa desde un punto de vista *cronológico, evolutivo*. Todos mis estudios recientes sobre la cuestión, están presididos por esta idea, que creo trascendente.

*

Cuando nosotros aplicamos el estudio sistemático de los caracteres sexuales a los seres humanos que atraviesan las dos edades críticas—pubertad y climaterio—, nos vemos sorprendidos por estos dos hechos fundamentales:

1.° Si—como ya he dicho—apenas hay hombre o mujer maduros con sexualidad íntegra, esta proporción se diluye todavía más en los dos momentos de que tratamos; no hay, prácticamente, sino muy raros varones o muy raras mujeres cuyo sexo no se empañe en el trance difícil de su orto o de su ocaso. En suma: las intersexualidades críticas constituyen una ley casi general, a la que sólo escapan pocos seres humanos.

2.° El hombre y la mujer se comportan de un modo totalmente distinto en cada una de las dos edades llamadas críticas. En la pubertad, el hombre, casi sin excepción, pasa por un momento de duda sexual manifiesta, de auténtica *intersexualidad feminoide*. En la mujer, el fenómeno paralelo, esto es, la inversión viriloide, es excepcional. En cambio, en el climaterio, los casos ocurren según un esquema estrictamente opuesto: casi todas las mujeres, en tal trance, adquieren una *intersexualidad viriloide*, neta o esbozada. En el hombre, por el contrario, la feminización climatérica no se observa jamás. Esta profunda y significativa diferencia es el eje de los puntos de vista que quiero desarrollar. Luego volveré sobre ella. Ahora es preciso describir, de un modo somero, las *intersexualidades críticas*, que, en virtud de lo dicho, se agrupan en dos grandes sectores: *la intersexualidad feminoide de los hombres púberes* y la *intersexualidad viriloide de las mujeres climatéricas*.

Las intersexualidades del primer grupo se presentan, casi siempre, bajo la forma del peculiar estado adipósico, que un gran número de muchachos exhiben en esta edad, ya como continuación de formas anteriores de obesidad infantil, ya como fenómeno nuevo. Cada lector puede recordar, seguramente, gran número de ejemplos de estos niños decididamente gordos, o que, sin serlo todavía, ofrecen una morfología empastada, suave, que contrasta con la línea angular y movida de los demás niños de su edad. La apariencia feminoide o eunucoide de tales ejemplares, es evidente; pero no suele suscitar, a pesar de ello, la preocupación de los padres ni de los médicos; considerándose, por el contrario, como una forma correcta del cambio puberal, y aun como ejemplos de robustez. Grave error, porque estos niños son los que dan el contingente más copioso de las futuras anormalidades sexuales; y desde el punto de vista de la salud general, son particularmente frágiles y propensos a adquirir diversas infecciones, y a defenderse trabajosamente contra ellas.

La grasa muchas veces es discreta; pero se caracteriza siempre por su especial disposición, independientemente de su cantidad. Se acumula, en efecto, en los mismos sitios elegidos por la grasa femenina: en el vientre, en torno de las caderas, en la mitad superior de las piernas, en la región retromamaria. La piel satinada y limpia, y la escasez del vello corporal y facial, acentúan la imagen de mujer. Y esta semejanza se hace sorprendente si, como sucede en muchos casos, los órganos mismos de la generación, retrasados en su desarrollo morfológico y topográfico, dejan a la región sexual en una vacilante indecisión, a veces casi hermafrodítica. El fondo linfático de estos organismos y su metabolismo lento, que hemos estudiado particularmente, re-

cuerdan también a la sexualidad femenina. Y asimismo la voz, que suele ser característica: abaritonada en los registros centrales y en los agudos del tipo de la de contralto; o bien decididamente de tenor. Una buena parte de los divos famosos, de este registro, han pasado por esta fase de intersexualidad feminoide; y no es raro que conserven, durante toda su vida, la morfología adipósica, eunucoide que estoy describiendo.

Psicológicamente se trata, por lo común, de adolescentes tranquilos, de buen humor, inteligentes, muy lectores, con aptitud especial para ciertos estudios, como las matemáticas y la música; poltrones, ineptos y sin afición para la actividad deportística. Y en cuanto a las modalidades de su instinto, lo característico es el retraso y la levedad con que se inician en ellos los fenómenos de la libido viril. La preocupación sexual es tardía. Se interesan poco por los temas equívocos que suelen apasionar en esta edad, en la que cada hombre se cree un Colón del otro sexo: revelaciones sobre la vida sexual, lectura de libros eróticos, acecho investigatorio de la mujer, etc. No hay, pues, como pudiera pensarse a la ligera, una tendencia inversiva del instinto, paralela a la inversión morfológica; sino una libido indiferente, sin dirección específica, muy parecida, por lo tanto, a la libido de tendencia polimórfica, propia del niño y de la mujer en todas las primeras etapas de su evolución sexual. Esta actitud coloca al adolescente en un estado de indefensión específica contra las sugestiones perversas que, precisamente, encuentran en la morfología muelle, androginoide, que he descrito, un particular punto de atracción. Sugestiones

unas veces directamente homosexuales, y otras de tipo heterosexual, es decir, procedentes de mujeres—mujeres y no niñas—, pero que conducen, por distinta vía, a un fin parecido. Porque la reacción inmediata de la libido embrionaria de estos muchachos, indiferenciada, sobrecogida y fracasada ante tales seducciones, es la retracción; y su reflejo erótico se condiciona para siempre bajo los auspicios de la timidez, convirtiendo al hombre futuro o en un tímido auténtico o en un homosexual que, como Adler ha señalado, es una forma de reacción compensadora de la timidez.

El hecho es que en las fases de titubeo puberal se engendran la mayor parte de las anomalías ulteriores de la conducta psico-sexual y por ello requieren una atención que no es frecuente que se les conceda. Porque es interesante anotar que la morfología equívoca se desvanece con los años, en una gran proporción de estos adolescentes; y, sin embargo, el instinto persiste deformado, dando lugar a esos casos tan frecuentes, y que algunos encuentran inexplicables, de coincidencia de una torcedura erótica con una anatomía sexualmente normal. Incluso hay casos en los que, después de los años de intersexualidad feminoide, parece que la naturaleza redobla la energía viril contenida, y el adolescente equívoco se convierte en un hipervarón de estructura enérgica, vello profuso, prematura calvicie, voz de bajo, etc. Mas no por ello evoluciona hacia la normalidad el instinto, definitivamente troquelado en la actitud tímida u homosexual. Otras veces, la morfología feminoide de la pubertad se cambia en morfología eunucoide: hace ya muchos

años que señalé el hecho de que la mayoría de los hombres de altura excesiva y proporciones displásicas, desmesuradas, fueron en su adolescencia adipósicos y afeminados. La conducta psicosexual conserva, como en los hipervarones antes mencionados, su deformación original. Y esto nos explica el gran contingente que los hombres de talla gigantesca o eunucoide dan a los tímidos, a los homosexuales y también a los donjuanes. (Recuérdese el caso de Casanova, cuya evolución morfológica y sexual corresponde exactamente a la que acabo de decir.)

La ginecomastia, o auge de los vestigios mamarios del varón, es también frecuente en esta crisis puberal. Mucho más frecuente de lo que se cree, porque suele pasar inadvertida entre el acumulo adipósico, que es peculiar en estos adolescentes. Otras veces, la feminidad se reduce a otros detalles de más difícil observación, como la distribución del vello del tronco y miembros, la implantación del cabello en la frente y en la nuca, la anchura excesiva de la pelvis, etc. El hecho es que, casi ningún niño, deja de mostrar, explícitas o solapadas, manifestaciones externas de la fase de feminidad puberal, que es, sin duda, universal y casi obligatoria del sexo masculino.

*

El fenómeno paralelo en el sexo femenino—esto es, la tendencia a la virilización—no ocurre jamás o sólo de un modo muy excepcional. Ya empíricamente es fácil comprobar que cuando, por ejemplo, en una

playa se ven muchos niños con trajes parecidos, la confusión de sexos, por parte de un observador superficial, se hace siempre en el sentido de tomar a niños por niñas, y raramente en el de confundir a niñas con varones. Hay, sin embargo, en algunas mujeres adolescentes, una tendencia dinámica impetuosa que en ciertas épocas de la historia—ahora, por ejemplo—se exacerba y acerca a la muchacha al esquema viril. Pero se trata entonces, casi siempre, de modos externos de la actuación social, favorecidos por detalles del tocado y de la indumentaria y por el contagio de gestos y actitudes—a los que las mujeres, como los niños, son tan sensibles—; mas no de inversiones profundas y de sentido fisiológico, como las que acabo de considerar en el varón.

Los retrasos en la evolución de las glándulas sexuales de la mujer son, sin duda, tanto o más frecuentes en esta edad que los retrasos paralelos del hombre, que sirven de punto de partida a la forma de la intersexualidad feminoide del adolescente. *Pero la insuficiente feminidad, por sí sola, no equivale a transformación viril: equivale, simplemente, a persistencia de la adolescencia;* por ello, estas muchachas retrasadas no parecen hombres, sino niñas, que es, en cierto modo, como decir—morfológica y psíquicamente—hipermujeres. *En el hombre joven, en cambio, el simple retraso sexual equivale a una feminización auténtica;* porque lo que está detrás del hombre no es niñez, sino feminidad.

*

Así ocurren las cosas en el trance de los años puberales. En el trance opuesto, en el climaterio, encontraremos el fenómeno inverso. La mujer tiende a transformarse, de modo tímido o escandaloso, en varón; el hombre, no sólo no se transforma en mujer, sino que acrecienta y supera su propia virilidad.

La *intersexualidad viriloide de la mujer climatérica*, es lo suficientemente conocida para que baste el recordarla. Hay mujeres que en esta edad sufren una tranformación morfológica hacia el varón, casi completa. Son casos de excepción. Lo corriente es que la virilización se reduzca a un grupo de caracteres sexuales, quizá a uno sólo: la corpulencia matronil—arquetipo estético de acento viriloide—, la voz abaritonada, y sobre todo el brote de vello de sentido masculino, cuya frecuencia es tal, que puede decirse que no falta nunca; aunque las artes cosméticas, tan adelantadas en este punto, den al observador de buena fe la apariencia contraria. Precisamente el ahinco con que la mujer lucha, desde que la humanidad existe, contra el vello ectópico, es uno de los argumentos decisivos a favor del sentido rigurosamente sexual del vello; que tiene, en cada sexo, una topografía definida, cuya transgresión es obstinadamente rechazada por el instinto normal. La mujer barbuda que no se preocupa de este vello terminal y lo deja crecer sin disimulo, demuestra ya, por este solo hecho, una actitud psicológica francamente desprendida de feminidad e impregnada de naturalidad varonil.

Pero aún más netamente que en lo morfológico se aprecia la virilización climatérica de la mujer, en su conducta psicosocial y en su actitud erótica; es decir, en el comportamiento de los caracteres sexuales funcionales, expuestos en el cuadro que acompaña a este artículo. Desde el primer punto de vista, lo típico de la mujer climatérica es la tendencia a la actuación social fuera del hogar. Son los años en que se inicia o se acentúa la inclinación y la aptitud por las actividades políticas, filantrópicas, artísticas, etc. En mujeres geniales—y por tanto excepcionales—, esta aptitud puede existir desde la adolescencia. Y, precisamente, la excepcionalidad en estos casos, no es otra cosa que la aparición prematura de la fase viril, que en las mujeres normales es una fase terminal. Pero en la mujer de contextura psicológica media, la *fase pública* es siempre tardía. La lectura de las biografías o de las propias Memorias de casi todas las mujeres cuya existencia ha ofrecido un interés extrafamiliar, da la impresión precisa de que su vida ha empezado después de los cuarenta años, y que hasta entonces han permanecido sumidas en la penumbra de una adolescencia prolongada y confusa, dentro de un arcano familiar, cuyo misterio se rompe en estos años, súbitamente, como la cáscara de un huevo, para dar de nuevo a luz a la misma mujer, imbuída de una nueva personalidad.

Es cierto que en este fenómeno influyen circunstancias de valor secundario y accidental, como la liberación del cuidado de la prole, cuya dispersión del hogar paterno coincide, aproximadamente, con estos años. Pero la verdadera causa es mucho más profunda: es el alumbramiento de la fase de virilidad

terminal, que sirve de eje a toda la fenomenología, normal y patológica, de la crisis climatérica.

Siguiendo este esquema, parece que la conducta erótica de la mujer, al arribar a estos años de la transformación, debiera ser una tendencia inversiva del instinto, una dirección homosexual de la libido. Pero en la realidad no sólo no ocurre esto, sino que la homosexualidad tardía es tan excepcional, que puede considerarse como negativa. Los casos de mujeres climatéricas que adoptan esta actitud erótica, son siempre casos originariamente homosexuales, que, con ocasión del trastorno involutivo, ponen de manifiesto tendencias hasta entonces refrenadas. Precisamente, uno de los efectos típicos de la honda crisis neurohumoral que sirve de base patogenia al ocaso del sexo, es este de servir de exquisito *revelador* de anormalidades hasta entonces soterradas. La casi totalidad de los trastornos y enfermedades que se discuten como de naturaleza climatérica, son estados preexistentes que aprovechan la confusión crítica para romper su cárcel de latencia y perturbar la aparente normalidad. Y, desde luego, las disposiciones enfermizas de la psicología y de los instintos, son las más finamente reveladas, puesto que su soporte neurohumoral es el sector del organismo más directamente afectado por la conmoción involutiva.

En condiciones normales, la inversión erótica no acompaña, por lo tanto, a la inversión morfológica. Por el contrario, *lo típico de la libido climatérica es el auge de su tendencia normal*, la intensificación de su dinámica fisiológica, esto es, en la dirección masculina. Los «amores crepusculares» de la mujer madura o decadente son bien conocidos, y han servido de base a innumerables historias, comedias y novelas, aun antes de que la divulgación de los conocimientos sobre la psicoanálisis abriese a los hombres de letras esa caja de Pandora de complicaciones del espíritu, que nutren de argumentos a la literatura actual.

Ahora bien: a primera vista, parece que este hecho de la intensificación de la libido fisiológica, que a veces llega a ser una auténtica erotomanía, contradice el esquema de la virilización climatérica. Pero no es así. Antes bien, constituye un fenómeno perfectamente acorde, por paradójico que parezca, con los signos explicados de inversión morfológica y psicosocial. Pero este delicado aspecto de nuestro tema requiere una explicación más detallada.

El recrudecimiento tardío de la vida amorosa de la mujer tiene dos soportes: uno psicológico y otro orgánico. El psicológico, que ha sido muchas veces comentado por pensadores y literatos, se reduce, en suma, a *la actitud, profundamente humana, de apurar la fruición de las cosas que están en inminencia de pasar*. En nuestras viejas sociedades, los prejuicios contra el sexo han deformado la libido femenina, como el uso secular de los zapatos estrechos en la mujer meridional ha reducido a una pequeñez inverosímil su pie. Muchas veces he pensado que mientras la mujer de nuestras razas tenga unos pies tan bonitos, no servirá para otra cosa que para adorno de los harenes. El símbolo más representativo de la mujer moderna, no es el cabello o el vestido de esta o de la otra manera, sino el

pie vasto y útil, capaz de hollar el planeta y dominarlo a la par del hombre; sin aguardar, como antes, a que el conquistador se lo ofrezca a los pies del trono de su feminidad, mezcla extraña de esclavitud y señorío. De la misma suerte, la acción de los siglos ha convertido la libido de la mujer en un objeto de placer y de lujo, acentuando inverosímilmente su pasividad. Sólo cuando la libido está en el trance de morir es cuando la mujer de Occidente se da cuenta de su tesoro inédito y se lanza apresuradamente a esas aventuras de última hora, por un mar lleno de sirtes de desengaños y de ridículos. El sentido de estos amores tardíos tiene la voluptuosidad forzada, imbuída de nostalgia prematura, de las orgías de los guerreros, que vemos en los viejos grabados, cuando antes de partir para la guerra—la muerte—se reunen en una bacanal tumultuosa. Tal vez uno de los invitados es ya un esqueleto vestido de húsar. La voluptuosidad insaciable de los tuberculosos, en los años románticos—en los de Margarita Gautier—cuando se creía que esta enfermedad era una sentencia inexorable, quiere decir lo mismo. Pero acaso nada recuerda la actitud psicológica de la mujer otoñal, como esos tristes y afanosos viajeros de nuestro país que, al comenzar el invierno, se convierten en turistas, pasada ya la sazón de viajar, por la sola razón de que les sobran kilométricos, que unas semanas después no servirán para nada. En el fondo, todo el placer humano se sustenta sobre la angustia de su propia fugacidad. Digamos, como Sócrates, que Esopo hubiera hallado en este contraste acerbo el argumento de su mejor fábula. Lo

cierto es que un hombre que lograse de improviso la inmortalidad orgánica, perdería, en el instante mismo, su aptitud esencial para el goce de la vida y probablemente no tardaría en suicidarse. Sólo se quiere lo que puede morir. Las mismas cosas que los hombres juzgamos dotadas de inmortalidad histórica se admiran o se temen, pero no se aman. Hasta Dios tuvo que morir para que los seres humanos pusieran, junto al respeto temeroso y admirativo de Jehová, el sentimiento de ternura entrañable que suscita Jesús por lo que tiene de perecedero y terrenal. El fin del sexo es una muerte verdadera, que ocurre dentro de nosotros mismos, en plena madurez orgánica, alumbrada por una conciencia perfecta de la catástrofe; y por ello infinitamente dolorosa e infinitamente amable. En el hombre, esta muerte parcial es más tardía y más lenta que en la mujer. En ella tiene, casi siempre, la brusquedad teatral de un desenlace de tragedia. Y trata de compensarla, cuando ya corre el último acto, con la fruición atropellada del que paladea los últimos restos del manjar.

Pero lo que a nosotros nos interesa es el que hemos llamado soporte orgánico de la hipersensibilidad amorosa del climaterio. De este estado orgánico que empuja a la libido de la mujer fuera de los cauces habituales, forma parte importante el enorme aumento de la afectividad, que ha sido tantas veces descrito y que está condicionado por una peculiar actitud del sistema nervioso vegetativo y de ciertas glándulas de secreción interna (tiroides y suprarrenales, singularmente). En mi libro *La edad crítica*, me he ocupado detalladamente de esta importante relación entre el ocaso invo-

lutivo y la aptitud emocional. El alma de la mujer, al llegar estos años en que su sexo va a morir, se hace infinitamente sensible a los más leves estímulos afectivos; diríase que, como una piel desollada, reacciona con agudeza dolorosa a las agresiones antes inadvertidas.

Mas hay otra causa más directamente responsable del fenómeno crepuscular que comentamos: el aumento efectivo de la aptitud de la mujer declinante para el orgasmo. Quisiera decir esto con palabras impolutas. Para mí es evidente que la libido y el orgasmo femeninos, esto es, la inclinación instintiva de la mujer hacia el hombre y la aptitud de la mujer para el goce sexual, son fenómenos que, en sus grados intensos, tienen un indudable acento viriloide; o en otras palabras: la libido muy diferenciada, el orgasmo muy diferenciado, son fenómenos netamente viriles, cualquiera que sea el objeto a que se dirigen o con que se satisfacen. En la mujer de feminidad muy pura, la libido no es nunca una fuerza activa y poderosa, sino, por el contrario, un sentimiento pasivo, un hambre leve, sin necesidad urgente de saciarse. La mujer ni siquiera elige al varón. Espera a que la elijan. Si en el juego social de los sexos, se desposeyera al trato amoroso de los artificios de la conveniencia—que son los que en la realidad deciden las cosas y no el instinto puro—, la mujer sólo excepcionalmente tomaría la iniciativa. Por ello, la castidad no es una tragedia orgánica—puede ser una tragedia social—para la mujer; y es una profunda y dramática contingencia para la mayoría de los hombres.

La libido de la mujer de feminidad muy pura, permanece, en cuanto a su sentido directamente sexual, indiferenciada y confusa. Su desarrollo se hace en un sentido colateral, que absorbe la mayor parte de su energía: en el sentido maternal. Por ello, la mujer no contaminada de virilización, si busca al hombre o desea que llegue, es para servirse de él, no como fin de su libido, sino como estación de paso para el fin estricto de la maternidad. Al contrario del hombre, cuya libido enardecida se dirige a la hembra con violencia radical y directa y se extingue en su posesión.

En el aspecto morfológico se observa la misma diferencia entre uno y otro sexo. En el varón alcanza una perfección terminal todo lo que se refiere al cumplimiento del acto sexual primario, en el que se resume toda su actividad erótica: fortaleza física para la lucha cósmica, uno de cuyos aspectos es la conquista del amor; y aparato reproductor dispuesto para el contacto fugaz e inervado para percibir sensaciones de inusitada agudeza. En la mujer, la anatomía general queda detenida en una etapa adolescente, porque casi toda la savia morfogenética se desvía para servir a las funciones maternales, mediante el auge del enorme aparato reproductor, con la amplia pelvis que le sustenta y el brote ópimo de las mamas. Sólo estos órganos, de servicio directamente maternal, alcanzan en la mujer desarrollo mayor que los correspondientes del varón, mas la excesiva longitud del cabello, cuyo sentido es difícil de explicar, como no sea dándole un valor específico en la atracción de los sexos; y como tal sería de carácter transitorio, porque los motivos de atrac-

ción cambian a través de los siglos, y este cambio en apariencia frívolo de la moda, trasciende, a la larga, a la anatomía sexual.

La morfología femenina pura, la de los años juveniles, es, pues, una morfología adolescente. Sus rasgos diferenciales se refieren sólo a una función especializada, la maternidad. Y, paralelamente, la libido de la mujer es una libido ambigua, pasiva, adolescente también. Salvo la diferenciación colateral, de tono extraerótico, del instinto materno. En la evolución del orgasmo femenino encontraremos la misma situación. El orgasmo, como sensación espontánea y primitiva, es tan accesorio en la mujer, que su función sexual se cumple sin necesidad de orgasmo alguno. Hay un número infinito de madres—muchas, tal vez, de copiosa prole—que jamás experimentaron la menor sensualidad directamente sexual. A diferencia del varón cuya actividad específica es imposible sin orgasmo, éste es inútil—verdadera sensación de lujo—en la hembra. Por ello no hemos dudado en incluir esta diferencia, que además tiene un sentido biológico trascendente, entre los caracteres sexuales de primera categoría.

Pero esta frigidez *fisiológica* de la mujer en su período adolescente y maternal—fisiológica porque no afecta al cumplimiento del instinto y porque su desaparición depende casi siempre de una inducción artificiosa; no porque sea, ni mucho menos, constante—desaparece al aproximarse el término del ciclo sexual. La experiencia de los médicos y de los ginecólogos es decisiva en el sentido de que tantas y tantas

mujeres, sordas durante muchos años a la voluptuosidad, adquieren esta aptitud al granarse su madurez. Terrible desarmonía en el destino de los sexos: porque, dentro de la solución monogámica del problema sexual, resulta que cuando en el hombre el acto primario adquiere un carácter cada vez más episódico, en la mujer, precisamente, empieza a romperse la virginidad de las sensaciones y a convertirse en un jardín frondoso y lleno de fruiciones lo que hasta entonces fué nada más que un sendero, no raras veces escabroso, para llegar al hijo.

Así, pues, en la mujer se da el caso dramático de que el sexo muere en plena juventud de su evolución, cuando apenas había logrado un apogeo reciente y lleno de matices. Mientras que en el varón, la sexualidad se extingue lentamente, cuando ya ha gustado todas sus fruiciones, muchos años después de haber alcanzado su cenit.

Ahora bien, este auge tardío de la auténtica aptitud erótica primaria de la mujer—aptitud erótica que nada tiene que ver con otro género de fruiciones cariciales y afectivas con los que a veces se confunde—es un fenómeno condicionado por la sensibilización y también el desarrollo somático de un órgano hasta entonces rudimentario, el clítoris, *cuyo significado es netamente viriloide*. Es uno de los vestigios de la virilidad, que en la mujer permanecen en estado atrófico, hasta que resurgen al final de la involución femenina. Su significado es paralelo al del pezón rudimentario del hombre, que puede tener un auge transitorio en la pubertad, pero después se atrofia; en tanto

que en la mujer adquiere un tamaño ópimo. Desarrollo clitórico y aparición o auge del orgasmo son, pues, fenómenos enteramente paralelos al brote de la barba climatérica, al desarrollo laríngeo, al aumento de la corpulencia, a la extinción de la ovulación: en suma, fenómenos de virilización. Y he aquí cómo esa tendencia erótica de dirección normal pero excesiva, encaja dentro del conjunto somático y funcional de la inversión climatérica.

Ya sé que esta interpretación, que contraría radicalmente los modos clásicos de ver el problema de los sexos, no ha de ser aceptada sin dificultades. Desde luego en estas páginas no puedo reforzarla con otros argumentos significativos, extraídos del estudio de la morfología y de la cronología sexuales, que aquí estarían fuera de lugar. Pero yo insisto en la exactitud de este hecho: en la mujer muy femenina, de morfología asténica, hipoplásica o infantiloide, con rasgos sexuales secundarios de estricta feminidad, con tendencia maternal muy acusada y gran aptitud concepcional, la libido permanece indiferenciada—en su sentido de necesidad, de hambre sexual—; y el orgasmo—*abandonado a su evolución natural, sin la influencia perturbadora del medio social*—es de aparición tardía y de muy leve intensidad. Por el contrario, la mujer dotada de una tendencia espontánea, impetuosa y precoz hacia el hombre y de una aptitud voluptuosa, enérgica y prematura, es siempre de morfología recia, de piel morena y de caracteres sexuales de evidente borrosidad. Tal, por ejemplo, la voz. Ya Buffon—el grande y perspicaz naturalista, que tanto se cita, pero que los biólogos modernos leen demasiado poco—decía que *les femmes qui ont la voix forte sont soupçonnes d'avoir plus penchant pour l'amour*. La voz fuerte, la voz de contralto—«la voz femenina de hombre»: Bloch—es, en efecto, la de más profunda sugestión erótica. La voz de Carmen. Y con la voz gruesa y caliente, virilizada, coincide en Carmen el cabello recio y negro, el labio superior ligeramente abozado, y un vello, tal vez nada discreto, extendido por el tronco y los miembros. El «arquetipo-Carmen», representativo de la mujer sensual y ardiente, típico de las razas del sur, que ha hecho caminar tantas leguas, con el instinto soliviantado, a tantos hombres con la cabeza rubia, es, en suma, una forma intersexual. Una mujer de esta categoría ha alcanzado, por la violencia de su voluptuosidad, inmortalidad histórica: Mesalina; y es curioso anotar que lo único que sabemos de la morfología de esta mujer insaciable es que poseía una abundante cabellera negra—*Sed nigrum flavo crinen*, etc., decía Juvenal—y que sus muslos estaban cubiertos de largo vello oscuro.

*

La virilización—anatómica o funcional, o ambas cosas a la vez—de la mujer climatérica es un hecho, en suma, definitivamente fijado e interpretado. En cambio, en el hombre que declina, no se observa la evolución equivalente, la tendencia feminoide. Es cierto que hay varones que en estos años involutivos

se hacen adipósicos, y pierden la línea enérgica de su anterior morfología viril; y que, a la vez, adquieren sensibilidad exquisita para los estímulos emocionales—realmente una sensibilidad femenina—, más una blandura de la voluntad, que entorpece o anula su eficacia en la lucha social. Pero estos signos, de apariencia feminoide, *son fenómenos estrictamente patológicos*, expresión de una débacle de los resortes metabólicos y psíquicos, que, tal vez, la crisis involutiva precipita, pero que no dependen directamente de ella. Bien investigados, se encuentra siempre en estos casos de aparente afeminamiento climatérico, trastornos orgánicos—circulatorios o nerviosos—reveladores de un estado patológico o de una constitución anormal anteriores; y, generalmente, también una vida de actividad desordenada y agotante. Todo lo cual explica, en un sentido de franca anormalidad, esta transformación, que, por lo demás, es muy rara. Su rareza y su carácter enfermizo, la diferencian esencialmente del fenómeno análogo de la mujer, la virilización climatérica; que es, como he explicado, un hecho constante y de sentido normal.

*

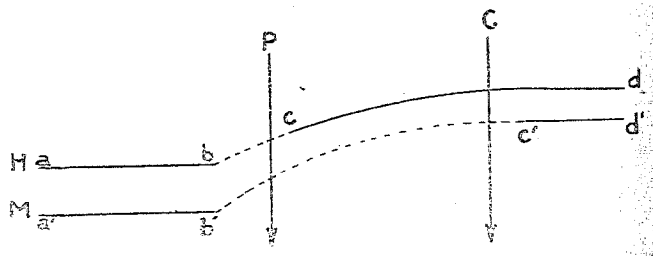
Queda así demostrado este típico comportamiento diferente de los dos sexos en los dos trances de la vida del instinto reproductor: inclinación feminoide del hombre en la pubertad; inclinación viriloide de la mujer en el climaterio. Y lo primero que sorprende es que el fenómeno, siendo tan singular y tan notorio, no

haya llamado la atención de los naturalistas y los médicos. Y más si consideramos que no es un fenómeno exclusivo de la especie humana, sino que puede observarse también—aunque en medida más discreta—en las otras especies animales. En Champy, por ejemplo, encontramos sus observaciones y las de otros naturalistas respecto a un frecuente estado de duda sexual en los batracios jóvenes, duda que sólo experimentan los animales que luego serán machos; es decir, lo mismo que hemos dicho para la pubertad humana. Y el fenómeno climatérico es también notorio: desde los albores de la ciencia natural—Plinio, Aristóteles, Hipócrates—se describió la *arrenoidia* o tendencia viril de la hembra vieja, fácil de observar en algunos animales domésticos, como la gallina, que cuando, con la edad, pierden la aptitud ponedora, adquiere, a veces, apariencia de gallo, canta como éste, etc.

El estudio de esta ley, que podemos, pues, considerar universal, nos conduce a datos del mayor interés para el conocimiento general de la vida de los sexos. En efecto: al meditar por qué ocurren las cosas de este modo, y al tratar de explicarlas, nos encontramos con el esquema más claro de la posición recíproca de los dos sexos y de su significado respectivo en la evolución morfogenética.

Hemos de partir, para esa explicación, del hecho hoy ya indiscutible—como he dicho al principio de este estudio—de la coexistencia en cada individuo de dos sexualidades, una predominante y en plena actualidad funcional; y otra esbozada y dormida. Pero estas dos sexualidades no evolucionan sincrónicamente, sino sucesi-

vamente. Lo femenino es una fase que sigue a la adolescencia y precede a lo masculino, etapa terminal de la evolución. Y esta sucesión es inexcusable en todo ser humano que cumple el ciclo completo de su vida. Es decir, que cada hombre no pasa de su adolescencia indiferenciada a su diferenciada virilidad directamente, sino atravesando un período de feminidad intermedia, más o menos borrosa según una diversidad de circunstancias. Y, a su vez, cada mujer adquiere su feminidad por una prolongación insensible de su adolescencia; pero esta feminidad se agota, y termina en un período de virilidad, de intensidad grande o mezquina.



La diferencia entre un sexo y otro no es, por lo tanto, una diferencia radical, *cualitativa*, de rasgos oponibles, sino una mera diferencia *cuantitativa* de matices en la energía y en la cronológica de las dos sexualidades. En el esquema adjunto se expresa claramente esta diferencia. En el hombre (*H*), después del período indiferenciado (*a b*) de la niñez y la primera adolescencia, sobreviene una fase, breve y borrosa (*b c*), de feminidad, a la que sigue la fase viril (*c d*), larga y enérgica, que se acentúa durante toda la madurez,

y cuyo ciclo se extingue sólo en la ancianidad. En la mujer (*M*), después del período indiferenciado (*a' b'*), análogo al del hombre, ocurre, sin transición, el largo y diferenciado período de la feminidad (*b' c'*); y sólo al final aparece un corto y equívoco trance viriloide (*c' d'*). Los componentes del varón y de la hembra son, en suma, los mismos. Difiere sólo en cada sexo la proporción en que están mezclados y su cronología.

Ahora se comprende bien que un observador que lance su mirada hacia los años puberales (*P*) de un hombre y una mujer de la misma edad, sorprenda al hombre en la fase de transición femenino-masculina, es decir, en una fase intersexual; pero en la mujer, la feminidad, quizá un poco infantil, existe ya sin mezcla intersexual alguna. En cambio, este mismo observador, veinte o veinticinco años más tarde, en el momento climatérico (*C*), sorprenderá al hombre en plena evolución viril—la feminidad se extinguió ya hace tiempo—; pero a la mujer en plena crisis de transición femenino-masculina, esto es, en plena intersexualidad crítica.

Naturalmente, en el hombre y en la mujer normales, las fases de intersexualidad crítica—puberal o climatérica—ocurren de un modo atenuado, soterrado, perceptible sólo al ojo agudo del naturalista. Cuando emergen—con las manifestaciones antes descritas—a la superficie de la morfología o de la fisiología, se trata siempre de individuos en los que el sexo principal o legítimo está poco diferenciado—o se diferencia tardiamente—permitiendo que el otro sexo, el espúreo, a la sombra de su debilidad, se desarrolle. La observación nos enseña que, en armonía con esto, cuando un

muchacho exhibe signos de feminidad puberal, posee gonadas (testículos) de capacidad funcional disminuída o retardada. Si la gonada se desarrolla pronto y enérgicamente, entonces la fase feminoide transcurre en silencio y, aparentemente, a la adolescencia sigue, sin dudas previas, la virilidad. De modo análogo, en las mujeres de feminidad muy pura y muy distinta—de morfología entre adolescente y femenina, de fuerte instinto maternal, quizá de libido y de erotismo suaves, de sensibilidad amorosa y general muy vivas—el climaterio sucede en paz, por lo común tardío, sin molestias y sin llamativas rebeldías de la virilidad terminal. En cambio, en la mujer indiferenciada—de tipo y dinámica enérgicos, de morfología empañada de intersexualidad (incluso la intersexualidad compatible con los tipos étnicos de belleza a que antes nos hemos referido), de libido precoz y violenta, de voluptuosidad mesalínica, de flojo instinto maternal—la crisis involutiva será penosa y prematura, y se caracterizará por el auge escandaloso de los signos viriloides.

*

Otra conclusión importante del estudio que venimos esquematizando, es el recto sentido que debemos dar a las crisis de la sexualidad, a la pubertad y al climaterio. Se considera habitualmente como la esencia de esas crisis, el despertar y el morir de la actividad sexual. Pero nacer y morir son fenómenos fisiológicos, y «crisis» significa algo más profundo y anormal: la resultante de un conflicto en el que luchan fuerzas desproporcionadas. Después de cuanto he dicho, se comprende bien que lo característico de la «crisis» no es un simple orto y un simple ocaso, sino el conflicto de las dos sexualidades que he explicado y que se puede designar con la expresión de *la superación de la feminidad por la masculinidad*. El paso de la fase impúber a la feminidad, se hace de un modo gradual y suave. Apenas hay límite natural que las separe. La línea de limitación entre una y otra es una fecha, es decir, un artificio; como la línea que trazan los gobiernos en un mapa para separar arbitrariamente dos naciones contiguas. Lo esencial de la mujer, que es su maternidad, es un apéndice colateral a la línea evolutiva de su desarrollo. Algo, por lo tanto, profundo en el orden fisiológico y social, pero secundario a la esencia de la evolución sexual. En cambio, el paso de lo femenino a lo masculino es un paso, erizado, transcendental y, por ello, frecuentemente difícil. Representa el tránsito de lo plástico e indiferenciado a lo definitivo y terminal. Su línea de separación es, pues, una barrera honda y natural, como los accidentes geográficos—una cordillera o un mar—que hienden el mapa y separan, topográfica y étnicamente, a dos pueblos vecinos. El tránsito femenino-masculino es, por ello, una crisis difícil, a veces dolorosa y peligrosa. Y lo prueba el que, así como la «transformación adolescente-femenina» se hace en virtud de la inercia del propio impulso evolutivo del ovario, que pasa insensiblemente de la fase impúber a la púber, la «transformación femenino-masculina» re-

quiere la ayuda extraordinaria de otras influencias endocrinas, que empujen a la gonada en el trance dificultoso. Estas influencias extragonadales son las secreciones internas de la corteza suprarrenal y de la hipófisis*. Ambas glándulas segregan productos «virilógenos» o «protectores de la virilidad», a cuya intervención se debe el que el testículo del hombre trasponga la crisis puberal y se diferencie en el sentido viril; y el que el ovario de la mujer, cumplido su ciclo evolutivo, deje el paso libre a las influencias viriles del climaterio. Se comprende por lo dicho que las hormonas virilógenas suprarrenal e hipofisaria son mucho más abundantes y enérgicas en el sexo viril que en el femenino; diferencia, por lo tanto, tan fundamental como la misma diferencia de las dos gonadas, testículo y ovario. En resumen, el paso de la fase impúber a la feminidad es un tránsito por camino llano, que realiza la evolución genital con su propia energía; pero el tránsito de lo femenino a lo masculino, es un paso difícil, una cuesta cruda, que requiere un «encuarte» supletorio, representado por las secreciones cortico-suprarrenal e hipofisaria.

He aquí la auténtica crisis: la *pugna superativa femenino-masculina*, con el concurso afanoso de estas otras glándulas, verdaderas «gonadas accesorias». Y

* A los lectores no médicos, les recuerdo que las glándulas suprarrenales son dos órganos colocados en la parte superior del riñón. Constan de dos porciones: una medular, que ahora no nos interesa, y otra cortical, que elabora la secreción *virilógena* de que nos estamos ocupando. La hipófisis es otra glándula alojada en la base del cerebro, que vierte su secreción en parte en la sangre y en parte en el líquido cefalo-raquídeo, que baña y protege el cerebro y la medula.

esto nos enseña que la verdadera crisis sexual de la mujer no es la pubertad, sino el climaterio; y que la crisis sexual del hombre es, tan sólo, la crisis puberal. Si con toda razón se llama al climaterio *edad crítica de la mujer*, es igualmente justo llamar, por consiguiente, a la pubertad, *la edad crítica del hombre*.

Se me dirá que al identificar así las crisis sexuales al trance de la *superación femenino-masculina*, me atengo, quizá, a una disposición psicológica frecuente en el hombre de ciencia, que es el afán de completar y armonizar los esquemas teóricos aun con algún detrimento de la realidad. Pero no es así. La realidad nos enseña que, cuando se interpreta con justeza, coincide, precisamente, con el esquema expuesto. En la mujer, en efecto, los llamados trastornos de la pubertad, tanto los orgánicos como los psíquicos, son siempre fenómenos resultantes de una disposición constitucional o de una enfermedad preexistentes, que se «revelan» pero no se crean por la pubertad misma. No son típicos de ella. Lo mismo podrían aparecer en cualesquier otra edad. *El fenómeno genuinamente puberal es la ambigüedad intersexual, y ésta hemos visto que es peculiar del sexo masculino*. Por ello, el médico podrá dar toda la importancia que se quiera a la pubertad femenina, pero desde el punto de vista de su significado psicológico, pedagógico y social, es la pubertad masculina, y sólo ella, la que constituye una crisis trascendental para el porvenir del individuo, una verdadera «edad peligrosa». La «actitud psicosexual» del hombre futuro, el «condicionamiento definitivo»—o por lo menos difícilmente modificable—de su conducta

erótica, el molde normal o anormal, en suma, de su sexualidad, se forja en estos años puberales.

En la edad del ocaso sexual, las cosas ocurren a la inversa. El hombre ya ha agotado todas sus posibilidades eróticas. Y, salvo casos anormales, el episodio involutivo no añade a su vida nada nuevo. El llamado *climaterio viril*, casi puede afirmarse que no existe. Sus pretendidas manifestaciones son—cada día lo puedo decir con mayor seguridad—signos de estados patológicos previos, que, a lo sumo, «se revelan» a favor de la involución. Muchas veces se trata de una mera coincidencia cronológica. Fenómenos, en resumen, no típicos de la crisis; que en otra edad cualquiera podrían también aparecer. En la mujer no: en la mujer climatérica, la sexualidad adquiere una granazón súbita, que añade valores inéditos y enérgicos a su libido y a su erotismo primario. Puede decirse que hay mujeres, madres de muchos hijos, que es en esta última hora cuando realmente pierden la virginidad. Hay, pues, en el ocaso de la hembra una fenomenología somática, afectiva, erótica y psíquica que depende directamente de la crisis: un auténtico *climaterio femenino*, en fin.

*

El estudio de las intersexualidades críticas nos conduce, por último, a fijar, con nuevos e indiscutibles argumentos, la posición relativa de la feminidad y la masculinidad. Creo que fué Spencer el primero que sostuvo que la mujer era un organismo cuya evolución

se había detenido cerca de la adolescencia, por la derivación de gran parte de su energía hacia la maternidad. Esta idea, sustentada principalmente sobre datos anatómicos y psicológicos, adquiere una confirmación plena al demostrarse ahora que, aun cuando cada individuo tenga un sexo predeterminado desde el instante de su génesis, este sexo evoluciona juntamente con el sexo contrario, y siempre guardando el orden que he expuesto, es decir, siguiendo la feminidad a lo impúber, y la virilidad a la feminidad. Si en la mujer se diferencia mucho la aptitud maternal, la fase viriloide final, se retrasa y desvanece. Si la maternidad es muy tenue, la fase femenina parece que apresura su evolución, dirigiéndose en línea recta y breve hacia una virilidad terminal. Y al hablar de maternidad en este sentido evolutivo, no me refiero tanto a la multiparidad propiamente dicha, como a la energía del instinto: porque se puede ser materialmente madre con un instinto maternal nulo, y se puede ser profundamente, entrañablemente, madre, sin haber concebido jamás, como ocurre a tantas mujeres de «maternidad virginal o virginidad maternal», como ha dicho Unamuno.

Los dos sexos no se oponen, por lo tanto, sino que, sencillamente, se suceden. Y esto nos ayuda a comprender la esencia de cada sexualidad. La mujer tiene siempre su raíz directamente hundida en la zona indiferenciada de la adolescencia. Uno de sus componentes, el básico, es esta infantilidad, que equivale a decir fragilidad, inferioridad, pasividad del instinto, facilidad para ser seducida. Sobre este sustentáculo emerge un componente dinámico, que es la aspiración

a la virilidad, ya directa, en la mujer no madre, ya retrasada y debilitada por el rodeo de la maternidad. La forma social de esta aspiración a la virilidad es el deseo y aptitud para la actuación, fuera del hogar, de muchas mujeres, y el sentido del movimiento feminista de nuestro tiempo.

En el hombre, el sexo es un episodio terminal. Superada la leve feminidad puberal, su evolución no es ya aspiración a nada ulterior, sino perfeccionamiento de su propia virilidad. Acaso el ansia de la inmortalidad en los hombres geniales y el ansia de la perduración en el fruto de su trabajo en los hombres de tipo medio pero de lograda virilidad, sea un signo de rebelión ante este tope biológico y una desviación hacia la historia, fuera de los límites orgánicos, de la continuidad de la propia evolución.

Por esta situación sucesiva de los dos sexos comprendemos también el diferente mecanismo de la perturbación fundamental de la conducta psicosexual—la inversión—y, en general, de todos los estados intersexuales en la mujer o en el hombre. En la mujer, la inversión, la virilización, *es un fenómeno superativo* en cierto modo progresivo. En el hombre la inversión *es un fenómeno regresivo*. Al hombre le basta *que su virilidad se debilite* para acercarse a la mujer. Para que la mujer se acerque al hombre es precisa una influencia compleja *de superación de la feminidad*.

Cuando nosotros preconizamos, como la clave del progreso de la vida sexual, la diferenciación de cada sexo—la virilización del hombre, la feminización de la mujer—, es evidente que proponemos a ésta una

solución reaccionaria, puesto que fomentar la feminidad es poner un freno a su evolución; así como fomentar la virilidad del hombre es acelerar su progreso biológico. Pero es que la grandeza de la mujer está precisamente en mantenerse en esa actitud intermedia, fuente de perenne juventud, troquel de los hijos materiales y arcano donde se engendran todas las direcciones de la vida futura de los pueblos. El progreso cronológico—parece inocente decirlo—no es siempre progreso funcional. Por ello el sentido biológico, integral del feminismo—no el social, que es casi siempre respetable—me parece tan absurdo como lo sería el empeño de un escultor en convertirse en su propia estatua.

G. Marañón.